

## *Vayamos con Él*

Jesús entra en Jerusalén, donde el Padre lo va a glorificar después de su muerte en la cruz. La entrada es apoteósica, la gente cortaba ramas de árboles y alfombraba la calzada, gritando: “Bendito el que viene en el nombre del Señor. ¡Viva el Hijo de David!” El iba montado en una borriquilla, como el que viene en son de paz y por el camino de la humildad y de la mansedumbre.

La entrada de Jesús en Jerusalén es una manifestación clamorosa que proclama a Jesús verdadero Rey. Jesús no viene sólo a las conciencias. Viene también para ser reconocido en la plaza pública por todo el que quiere aclamarlo. Los niños y jóvenes tuvieron entonces la capacidad de entusiasmarse y descubrir en él al Mesías que tenía que venir. No faltaron quienes se molestaron de tanto alboroto, y Jesús les dijo: “Si éstos callan, gritarán las piedras” (Lc 19,40).

Bien sabía Jesús a donde iba y la encerrona que le tenían preparada. Él camina voluntario, libre, soberano hacia la muerte, hacia la cruz. Es la hora de la prueba, es la hora del amor. Todos los mortales se enfrentan a la muerte obligatoriamente. Él, sin embargo, lo hace libremente, y nos enseña a todos a vivir y a dar la vida en esa actitud suya de entrega voluntaria y con amor. En la cena pascual va a instituir la Eucaristía: “Esto es mi cuerpo entregado por vosotros”, “Este es el cáliz de la nueva alianza en mi sangre”. Y les deja a los Apóstoles el mandato: “Haced esto en memoria mía”.

Vendrá en los días próximos el prendimiento, la traición del amigo, la huida de los elegidos, el juicio sin defensa, los azotes hasta el agotamiento, la corona de espinas, la condena a muerte y la ejecución en la cruz. Y la muchedumbre entonces gritará: “Crucifícale”. Jesús, sin embargo, callaba. Su silencio nos habla del misterio del hombre que sufre por su alejamiento de Dios. Jesús ha venido a buscar al hombre perdido y carga en sus espaldas con las culpas de todos, para librarnos del pecado y acercarnos a Dios.

Son días de penitencia, son días de silencio meditativo, son días para sentir cercano a un Dios que sufre por el extravío del hombre. Son días para volver a Dios y mirando a Cristo crucificado repetir con el centurión: “Realmente éste era Hijo de Dios”

+ *Demetrio Fernández, obispo de Tarazona*  
16.03.2008